

Francisca Solar

LA VÍA DAMNA

minotauro

2 de enero de 1852

Noche

Fuerte Bulnes, estrecho de Magallanes

Entre forcejeos y llantos, el médico prusiano Matthäus Kleist logró introducir a su hija Odetta en el destartalado bote de pesca, mientras la enfermera Alcázar luchaba por sujetarla desde los pies. Para haber cumplido recién seis años, la niña tenía tanta fuerza como un huracán.

—Doctor, por favor, venga con nosotras —rogó la mujer, rodeando a Odetta con sus brazos. Su rostro anguloso se difuminaba tras el propio hálito condensado en el aire polar—. No haga una locura. ¡Súbase, se lo pido!

A juzgar por el ruido del agua contra las rocas, la marea parecía lo suficientemente calma como para remar y alejarse sin inconvenientes, pero ahí, en el extremo austral, en el fin del mundo, eso no era una señal para confiarse. Greta Alcázar, instalada a duras penas en la pequeña embarcación de emergencia, probablemente tenía la misma reticencia, pero hasta una caída en el mar gélido le parecía más amable que morir calcinada o atravesada por una bayoneta.

Los gritos de los soldados amotinados se escuchaban hasta esa esquina del acantilado, decenas de metros bajo el morro donde se erguía el Fuerte Bulnes. No tenían más tiempo.

—Reme hacia el sur. Escóndanse en el bosque. No vuelvan —le ordenó el doctor, con ese áspero acento teutónico que sus pocos años en Chile no habían podido borrar. Agradeció en silencio que la oscuridad de la noche austral le permitiera disimular la angustia en su rostro. Desató la soga de ajuste y empujó la proa del bote. Lo vio tambalearse en el agua mientras se alejaba del roquerío—. ¡Huyan ya!

—¡Doctor!

—¡*Papa!* ¡No me dejes, *papa!*

No pudo mirar a Odetta a los ojos. No pudo despedirse. Ninguna palabra de afecto salió de su boca. Si la abrazaba una última vez, no podría dejarla ir, y dejarla ir era indispensable para poder cumplir su promesa.

Sintió náuseas. Ignorando los gemidos de su hija, apretó los puños, giró sobre sus pies y se apresuró de regreso al fuerte, saltando entre las rocas húmedas y subiendo luego a zancadas el rudimentario sendero que se empinaba por sobre el mar. Sus manos agrietadas por los exiguos grados Fahrenheit comenzaban a escocer: en el apuro había olvidado sus guantes. Sintió una taquicardia desatarse bajo su camisa de algodón. El viento implacable era un muro que ralentizaba su paso y lo obligaba a abrazarse a su grueso abrigo de lana para avanzar. No sabía cuánto tiempo le quedaba para salvar a sus pacientes. Segundos, quizá. Ya estaba preparado para la muerte. Para la de ellos. Para la suya.

Al llegar a la planicie, vio a lo lejos que las dos casas situadas en la entrada del predio, muy cerca de los viejos depósitos de pólvora, ardían furiosamente. En cualquier momento las llamas darían paso a grandes explosiones en cadena. Las sombras de hombres con armas y antorchas quemarían lo que quedaba del cuartel, la bodega, la secretaría... Eso le daba algo de ventaja antes de que alcanzaran la capilla, emplazada al fondo. Si acertaba camino por los sembradíos infértiles en el límite oeste, llegaría antes que ellos.

Debió esconderse un momento a un lado del antiguo almacén de víveres antes de correr hasta el umbral de la capilla como si no hubiese mañana. No lo habría, en realidad. Las ocho personas postradas en esa enfermería improvisada contaban con eso.

—¡Doctor! —exclamó Ana Carmen al verlo, alterada, levantando sus brazos desde el primer catre. El velo blanco que la cubría por completo le permitía reconocerlo gracias a dos pequeños agujeros para sus ojos—. Sabía que regresaríais, sabía que regresaríais por nosotros...

El doctor fue hasta ella y se inclinó. Respiraba muy agitado y tenía las mejillas rojas por el frío, bañadas en lágrimas. Le sonrió.

—Una promesa es una promesa.

Suavemente, quitó el velo de sábana que ocultaba el rostro y cuerpo desfigurados de la mujer. Luego tomó su mano, cubierta de llagas envueltas en un vendaje ya amarillento. Ella se sobresaltó; había olvidado lo que era el contacto humano. Estaba prohibido. Nadie toca a una leprosa.

—Doctor...

La horda de hombres se escuchaba peligrosamente cerca.

—Llegó el momento, Carmencita. ¿Está lista?

En el límite oeste del predio, los troncos que sostenían el viejo cuartel comenzaron a colapsar a golpes y hachazos. Los gritos de furia de los recién llegados se multiplicaban y enervaban por la frustración de no encontrar lo que buscaban. Ya no había víveres que despojar, ni autoridades que amenazar, ni colonos armados con quiénes pelear. El frío insoportable, la muerte de animales y las fracasadas cosechas los habían ahuyentado hacía tiempo; todos se fueron buscando mejores condiciones de vida en el norte. Únicamente los desahuciados —y su obstinado médico a cargo, quien se negó a dejar su puesto— habían quedado atrás. En ese fuerte militar abandonado hacía mucho que no había nada de valor...

O quizá sí.

—Estoy lista —dijo Ana Carmen, llorando también, pero no de tristeza. Una felicidad extraña se expandía en su pecho. Con sus dos manos temblorosas, tomó la del doctor y la estrechó con agradecimiento—. Recordadme el rezo, por favor.

Matthäus asintió. Buscó las palabras de Hakái en su mente. Las sílabas cadentes en la lengua de los aónikenk no eran fáciles de repetir, pero si se concentraba, podía volver a escuchar con mucha exactitud la melodiosa voz de la indígena, como si ella misma estuviese hablándole ahí, al oído.

—*Allotoi uenenjeme Kooch* —pronunció él—. Repítalo fuerte. *Allotoi uenenjeme Kooch*.

—*Allotoi uenenjeme Kooch* —habló de pronto el francés Marchiset, dos catres más allá. Se persignó.

—Déjanos ver tu luz, Señor —exclamó Perpetua, por su parte, en apenas un hilo de voz desde la otra esquina. La tuberculosis había destrozado sus pulmones y garganta—. *Allotoi uenenjeme Kooch*.

Uno a uno, sus ocho pacientes, los últimos que quedaban en Fuerte Bulnes, se unieron al rezo ancestral. Todos sabían qué hacer.

Mientras sus murmullos se mezclaban con el caos que se colaba desde afuera, el doctor corrió hasta el grueso pilar de piedra donde se hallaba el último velón de cera que quedaba. Su llama mínima desde una buena altura alcanzaba para que el lugar no estuviese completamente en penumbras, e inmediatamente bajo la luz estaba el antiguo sagrario empotrado. Su elegante confección en mármol se debía a mano de obra belga y había llegado hasta ahí a bordo de la goleta *Ancud* en 1843, gracias a la insistencia del devoto capitán John Williams, junto a herramientas, animales y otras pertenencias de la primera colonia chilena que se asentó en esa traicionera península del estrecho de Magallanes. Casi una década después, ya no había en su interior ni vino, ni ostias, ni ningún artículo santo; el capellán fray Domingo Pasolini había abandonado el asentamiento hacía dos años. En lugar de eso, el doctor Kleist guardaba allí

lo máspreciado que le quedaba: su bitácora... y la pequeña botella con solución de adelfa que Hakái había preparado para él. Jamás pensó que llegaría tan pronto el momento en que estaría obligado a usarla: la noche en que los *shauealenk* —“hombres de sangre”— irrumpieran en el fuerte.

Tomó un trozo de carboncillo, garabateó las últimas líneas que escribiría jamás en su libreta y la dejó de vuelta en el sagrario. Alzó la vista hacia el crucifijo clavado en la parte más alta de la capilla, olvidado entre el polvo y el hielo. Buscó los ojos torturados de Jesús de Nazareth y le pidió su perdón. En esta, su última hora, el luterano Matthäus Kleist había elegido encomendarse a otro dios.

Asió la botella y sacó el corcho con cuidado. Inspiró profundo. Debía apurarse, pero no podía olvidar ningún detalle...

Retrocedió unos pasos y se acercó al catre a su izquierda. Ahí yacía Jean Campbell, una adolescente oriunda de Glasgow. Tal como el resto de sus compañeros, su rostro y cuerpo estaba cubierto por un velo opaco hecho de retazos de telas blancas —sábanas, camisolas y hasta velas de fibra de cáñamo, generalmente recogidas de goletas hundidas en los alrededores— con hoyos para sus ojos más uno estrecho para la boca. En su pecho podía leerse un número escrito en carboncillo: 12. Una manta adicional de piel de guanaco la protegía hasta la cintura.

El doctor echó la manta hacia atrás y luego le quitó el velo. Su mentón pecoso al descubierto tembló de frío.

—Un trago es suficiente. No vaciles —le susurró él, tomando su nuca con delicadeza. Jean asintió. Su apoplejía le había quitado el habla y una extraña parálisis deterioró sus extremidades. Cerró los ojos, sintió el líquido en su garganta y lloró de agradecimiento. El prusiano lloró con ella—. Concéntrate, dilo en tu mente. *Allotoi uenenjeme Kooch. Allotoi uenenjeme Kooch.*

Jean apretó los párpados, concentrada, al tiempo que el doctor volteaba su cuerpo en la camilla hasta dejarla de costado. Tomó las piernas enjutas de la joven y de a poco las dobló hasta que sus rodillas quedaron a la altura de sus senos. Él agradeció

que su parálisis no hubiese derivado en rigidez, pues habría tenido que quebrar su columna en la espalda baja para que lograra esta posición y no era el momento de generarle más dolor. Hizo que cada brazo rodeara sus piernas y que su mentón tocara su pecho. Entonces tomó el amplio velo y la envolvió con él, como una oruga en su capullo, sin dejar espacio donde entrara el aire o la luz. Acarició su cabello antes de que desapareciera bajo la tela. Su número quedó visible.

—*Don't go without me* —le rogó su hermano John desde el catre contiguo.

El mellizo Campbell se apoyó en los muñones de sus piernas cercenadas para reincorporarse cuando el doctor fue hasta él. También se estremeció cuando fue liberado de la larga sábana que lo había cubierto por tanto tiempo.

Tomó a Matthäus desde el hombro y rodeó su cuello, temblando con fuerza. El doctor le devolvió el abrazo, escuchando un “*thank you*” antes de que el joven volviera a recostarse. La pequeña botella brilló con la luz de luna que apenas entraba por las ventanas tapiadas con gruesos trozos de lenga, el roble blanco de Tierra del Fuego, y tras apurar el sorbo que le correspondía, John susurró *Allotoi uenenjeme Kooch* con acento escocés. Cerró los ojos. El doctor lo ayudó a lograr la posición fetal necesaria, puso suavemente la mano sobre su coronilla para despedirse y lo envolvió tensando la tela con el número trece.

—¿Lo veré en el cielo, *doktor*? —preguntó Dominik Rudi. Su tono mezclaba miedo, esperanza y resignación. En poco tiempo había pasado de ser un promisorio abogado prusiano contratado por el Estado de Chile a un maldito desahuciado que escupía sangre en tierra extranjera. Una neumonía atípica le quitó los mejores años de su vida.

El doctor Kleist sonrió apenas vio a su coterráneo al remover el velo, admirando por última vez la gruesa cicatriz de su *bec-de-lievre* —denominación que aprendió de su libro francés de anatomía, *labio leporino* para los hispanos— bajo su nariz aguileña.

—*Halte mich, wenn du mich findest, mein Freund* —le respondió, estrechando su mano con calidez. En el catre a su lado, la cocinera chilena Perpetua Díaz, quien pasó veinte años al servicio de colonos europeos en la Patagonia, tradujo rápido en su cabeza: *abrázame cuando me encuentres, amigo mío*.

Dominik tragó saliva para prepararse, pero arrugó la frente por el dolor. Luego recibió su sorbo de adelfa y sostuvo el líquido entre los dientes. Llevó sus rodillas al pecho, bajó la cabeza y sintió las manos frías del doctor al recorrer su cuerpo para envolverlo con su propia sábana. *Es como regresar al vientre materno, pero regresamos al vientre de la tierra*, les había dicho Hakái. Tenía sentido.

Perpetua observó el procedimiento desde su camilla. Sabía que, al tragar, el dolor en su propia tráquea sería igual o peor que el de Dominik, pero que solo duraría unos segundos. Su garganta siempre escocía. El reflujo persistente tras las crisis de tos había quitado de su vida una de sus mayores alegrías: comer. Hacía días ya no resistía ningún alimento, solo agua y pasta de avena. A veces despertaba ahogándose en bilis. No quería seguir viviendo así, con la piel pegada a los huesos, el aliento agrio y las entrañas ardiendo.

—Déjanos ver tu luz, Señor. *Allotoi uenenjeme Kooch* —lloró ella, dulce, con las manos juntas sobre su pecho y esperando ya en posición fetal. Unos segundos después el doctor Kleist descubrió su rostro, puso la botella sobre sus labios y la mujer lo miró con cariño mientras tomaba las gotas—. Que los ángeles lo lleven en sus alas. Gracias por todo...

Cuando el doctor Kleist se acercó a Euclides pudo notar su miedo en los crujidos del catre. Los insurrectos estaban muy cerca, pronto lo destrozarían todo, y este postrado tenía una extensa experiencia en motines. Conocía la angustia, la violencia, la crueldad. No estaba dispuesto a vivirlas de nuevo.

Mathäus puso su mano sobre el puño del hombre y lo apretó.

—Ha sido un placer estar a su servicio, capitán.

Se miraron a los ojos hasta que el exsoldado asintió. Lloraron juntos mientras el doctor removía su velo con el número 5. Desde que lo habían planeado, sabía que la despedida no sería fácil.

—El placer fue mío —contestó Euclides Cifuentes con dificultad.

Tras un altercado en el recién estrenado cuartel en Punta Arenas, un subalterno se descontroló y le propinó varias estocadas en el pecho y el abdomen. Lo trasladaron de inmediato al fuerte, al único lugar en la región donde había un higienista residente, pero eran heridas profundas que requerían de un tratamiento mucho más complejo al que el doctor Kleist podía ofrecer ahí, en medio de la desolada pampa magallánica. El pus, y tras él la necrosis, ya habían avanzado. Apenas podía hablar por el dolor, tampoco comer. Había sido un hombre de excelente estado físico, pero su deceso era simple cuestión de tiempo.

En un gesto, Euclides pidió la asistencia del doctor para este último paso. Él inclinó la botella y entre ambos lograron que el líquido pasara por la garganta del capitán. También entre ambos doblaron su maltrecho cuerpo hasta que pudiese abrazarse las piernas, sabiendo el altísimo sufrimiento físico que esto acarrearía para él. Mientras Matthäus lo envolvía en tela, Euclides lloraba y seguía susurrando. Aunque no comprendiera bien lo que oía, el doctor imaginó que pronunciaba el rezo aónikenk, una y otra vez...

Louis Marchiset era el más complejo de los ocho. Fue un reputado mercader de tabaco y dejó una gran fortuna a su familia, era un hombre culto y estudioso, pero su *inestabilidad emocional* —“comportamiento errático y contradictorio con tendencia a la histeria, las autolesiones y la furia intempestiva”, constaba en la bitácora del doctor Kleist— lo transformó en paria. Su tripulación lo abandonó a su suerte en 1851 cerca del faro de San Isidro y en vísperas de Semana Santa, tras intentar ahorcar a su propio hermano en un confuso incidente: dicen que se defendió de su propio asesinato, pero nunca hubo pruebas. Un día estaba

lúcido y sereno, educando con gracia al resto de los internos sobre la biblioteca de Alejandría o el teatro griego, pero al día siguiente podía tener arranques de violencia que aterrorizaban a cualquiera, gritando sin consuelo algo ininteligible. Era usual que fuese amarrado a la camilla para evitar que se hiriese a sí mismo y a los otros enfermos que, a pesar de todo, le profesaban sincero afecto. El lazareto más cercano estaba a cientos de kilómetros, así que trasladarlo no era una opción. A Matthäus le pesaba no comprender las causas de su condición para poder ayudarlo adecuadamente o darle un tratamiento eficaz. No sentía miedo, sino compasión.

Se inclinó hacia él y desató la cinta de cuero que sujetaba sus muñecas al barrote del catre. También le quitó el velo blanco. Al liberarse, el francés extendió sus manos hacia el doctor y él no se movió.

Louis lo tomó del rostro. Le dio un beso en la frente.

—*Au revoir, cher docteur* —dijo con alivio. Hasta le sonrió. El doctor le sonrió de vuelta y le cedió la botella con una inusual confianza. Louis la alzó como si se tratara de una copa de vino y bebió únicamente lo que le correspondía. Luego cerró los ojos, saboreó el veneno y repitió las palabras que Hakái les había enseñado, al tiempo que forzaba la elasticidad de su cuerpo para incrustar su cabeza entre sus rodillas. *Allotoi uenenjeme Kooch*. Hoy era uno de sus días buenos.

Solo faltaban Ana Carmen y Carlos Sanz, peregrinos españoles. Habían contraído lepra en el barco que los llevó de California a Valparaíso un año antes, pero sus lesiones se hicieron evidentes una vez que continuaron su misión hasta Ancud. Aunque lograron conseguir un camarote en otra embarcación que se dirigía hacia el Atlántico —su plan original era llegar hasta Montevideo—, los arrojaron al mar junto a una decena de enfermos en la zona de cabo Froward. Únicamente ellos dos sobrevivieron y alcanzaron tierra firme, de milagro llegaron a pie hasta el Fuerte Bulnes. El doctor Kleist los acogió en una tienda de campaña e hizo lo que pudo para aliviar su padecimiento, pero pronto los

trasladó a la capilla, pues sabía que no soportarían el frío de 45 grados Fahrenheit bajo un techo de lona. Les exigió, eso sí, que usaran el “traje” obligatorio para los enfermos del fuerte: un largo velo de tela blanca que los cubría hasta los pies y se ajustaba en la cintura, con un número pintado en carboncillo y agujeros para mirar. Fantasmas en vida, pero protegidos de los espíritus de la muerte, según la tradición aónikenk.

Aceptaron. No había ningún otro lugar a donde ir.

Matthäus liberó a Carlos de su velo momentáneamente, tal como lo había hecho con Ana hacía unos minutos. Siempre admiró el temple y buen humor que el hispano tenía a pesar de su destino.

Dio a ambos un sorbo del concentrado de adelfa y se persignaron.

—Descansen —se despidió, acuclillado entre los catres individuales donde reposaba el matrimonio. No podía evitar que el llanto profuso empapara su cara. En cualquier otro momento, hubiese preferido que no notaran su debilidad, pero ahora parecía su mayor fortaleza. Extendió sus brazos a cada lado y acarició las manos deformadas de los misioneros antes de amortajarlos en forma circular—. Ténganme presente cuando su dios los reciba. *Allotoi uenenjeme Kooch*.

Una vez envueltos como en capullos y terminado el ritual, Matthäus se alejó lentamente. Los gritos amenazantes en las cercanías lo urgían a actuar con apremio, pero al menos ahí adentro, entre la madera podrida y la roca tallada de un espacio antes sagrado, había paz. Los movimientos cesaban y las voces caían de a poco en el silencio. Ocho bultos sobre ocho camillas. No hubo grandes espasmos ni gemidos intempestivos. El brebaje de Hakái había cumplido con su labor y el doctor con su convicción: la muerte voluntaria era la más digna.

—¿Es mi turno, *papa*?

Matthäus Kleist volteó con pánico. A contraluz y en el umbral de la capilla, la pequeña Odetta lo miraba con más curiosidad que miedo. Su pelo goteaba, su vestido destilaba y sus dientes

rechinaban. Estaba al borde de la hipotermia. De alguna manera había logrado saltar del bote y seguirlo hasta ahí.

Estuvo *ahí* todo el tiempo.

Corrió hasta su hija y le cubrió la cabeza con su mano libre para que no viera nada más, para que no escuchara las palabras ancestrales que seguían flotando en la habitación... Pero era inútil. Sintió de pronto que toda la certeza que lo había sostenido hasta entonces se derrumbaba en un segundo. Los *aónikenk* jamás permitían la presencia de niños en los rituales mortuorios. No podían, no debían...

Una voz grave y jadeante gritó al otro lado del muro.

—¿Matthäus Kleist? ¿Está ahí? —gritó otra vez—. Ni se atreva a huir. ¡No hay salida!

El doctor dejó de respirar. Era cierto, no había salida, pero miró a su alrededor: quizá sí había escondite.

Sin soltar el frasco de adelfa, tomó a la niña de las axilas, retrocediendo hasta la pared del fondo. “*Vergiss mich nicht, schatzi*”, le susurró, destrozado, besándola en la mejilla. Con un movimiento ágil y aprovechando que su hija apenas podía moverse, sacó la cubierta del barril de orina y la introdujo ahí. El líquido tibio pero putrefacto le llegaba a las rodillas. Cerró nuevamente la barrica y Odetta quedó en la absoluta oscuridad. Habría pateado, quizá gritado de asco, pero tan pronto buscó emitir sonido, todo su cuerpo se negó.

Su garganta se cerró. No sabía cómo o de dónde, pero sintió un golpe seco en su pecho que la dejó sin aliento. Y luego otro. Y otro. Sus ojos se entornaron y apretó la mandíbula con fuerza, como en una descarga eléctrica. Algo en su interior empezó a arder.

Miguel José Cambiaso entró en la abandonada capilla del Fuerte Bulnes con su fusil en alto. Sonrió, sádico, al notar unos cuantos catres en la penumbra. El soldado chileno, a esas alturas ya autodenominado *general* frente a su grupo de rebeldes y tan odiado como temido en la zona, no había podido asesinar a

ningún incauto en la última hora y eso lo tenía chasqueado. Era tiempo de liberar tensiones.

En dos zancadas y extendiendo su brazo derecho sin siquiera dudar, clavó la bayoneta acoplada a su fusil con tanto impulso sobre el bulto más cercano que esta atravesó el colchón de lana.

El postrado no se quejó, no gritó. No se movió.

—¿Qué es esto?

—Ya no tendrás sus almas —balbuceó Matthäus Kleist desde el fondo, jadeando de frío y pánico—. Tampoco la mía.

El doctor se había sentado en el suelo de tierra, exhausto, con la espalda pegada al barril. Palpó la diminuta botella en su puño. Quedaba un poco de adelfa. Lo suficiente.

Cambiaso, confundido y enfurecido por ver bolsas de tela en lugar de cuerpos, liberó la bayoneta de la espalda inmóvil de Carlos Sanz y entonces la forzó en el bulto del catre contiguo. Quien sea que estuviese arremolinado ahí no acusó el golpe. Ni un gemido.

Entonces él gritó de rabia.

Caminó hasta Kleist justo a tiempo para evitar que sus planes terminaran de irse al carajo. La bayoneta sí le sirvió de algo esta vez: con ella hirió la mano derecha del doctor, obligándolo a soltar lo que sea que llevaba a su boca. La botella cayó al suelo, quebrándose, y el veneno se escurrió en el barro.

Luego presionó el extremo puntiagudo del fusil contra el cuello del prusiano.

—No me interesan sus sucios enfermos y usted, de mártir, no me es útil —se burló, intuyendo el origen del líquido desperdiciado—, así que le vale cooperar. Entonces... —presionó más la bayoneta en la piel del doctor y apareció un hilillo de sangre—: ¿dónde están los *indios*?

Matthäus apretó los dientes.

—Pierde su tiempo —respondió, jadeando.

—Dónde... están... las tumbas —moduló Cambiaso, comenzando a exasperarse—. Despedazaré este lugar, lo convertiré en

cenizas si es necesario. ¡Dónde están las malditas tumbas indias!

—Pierde... su... tiempo —lo remedó el prusiano, sosteniendo su mirada.

—Vine por el oro y no me iré sin él —le aseguró, y por un momento cambió la furia por una sonrisa de satisfacción—. ¿Dónde enterró a la india esa? Sé que murió no hace mucho. ¿Cuántas joyas dejó? ¿La sepultó con ellas?

El doctor Kleist sintió bilis subir hasta su garganta. Recordó el doloroso momento en que debió amortajar a la única madre que Odetta conoció y entonces dejó estallar, libres, por fin, las lágrimas que había contenido hace unos minutos.

—Jamás la encontrarás —lloró, alzando el mentón con firmeza.

Cambiaso bufó.

—No hay apuro en zarpar hacia el Atlántico... Tenemos tiempo para que cambie de opinión.

En términos de la milicia, sobre todo de la facción descarriada, *cambiar de opinión* significaba golpear, quebrar, cercenar. Torturar.

Matthäus llenó sus pulmones de ese aire frío. No lo pensó y se decidió. Le sorprendió con cuánta holgura y rapidez fue capaz de tomar el cañón del fusil de su oponente con ambas manos.

—*Allotoi uenenjeme Kooch* —dijo, luego bajó la bayoneta hasta su vientre y la empujó contra su propia carne. La sangre tibia comenzó a salir a borbotones. El dolor fue inconmensurable, aunque presenciar el rostro desencajado de Cambiaso le regaló unos segundos de satisfacción.

El general soltó el fusil. Abofeteó al doctor con tanta fuerza que su torso y cabeza se azotaron contra el suelo.

—Idiota extranjero —gruñó. Luego giró para gritar hacia las sombras que se movían detrás de la capilla, en los alrededores—. ¡Godoy! ¡Molina! —. Unos segundos después, dos jóvenes soldados cruzaron el umbral. El más alto de ellos llevaba una antorcha. Su superior hizo sonar las hebillas de las botas

para llamar su atención, apuntando luego al doctor—. Llévelo a mi camarote y sánelo. ¡Rápido! Si se muere, yo mismo los mataré a ustedes.

Se acuclilló para recoger su fusil. Liberó la bayoneta del malogrado estómago de Matthäus Kleist y dejó que sus subalternos lo levantaran, tomándolo cada uno de un brazo. Tendrían que arrastrarlo hasta el barco. Antes de que el doctor perdiera por completo el conocimiento, creyó oír una voz que decía “*Quémenlo todo*”.

Al tiempo que removían el cuerpo lánguido del prusiano, Miguel José Cambiaso habría jurado, por un segundo, que la barriaca de orina a sus espaldas se estaba moviendo. Quizá el reflejo de las llamas que se agitaban en las afueras estaba confundiendo su vista. Quizá simplemente estaba agotado por tanto ajeteo. No tenía el ánimo suficiente como para quedarse a averiguarlo.

La pequeña Odetta Kleist, hipotérmica, oculta de la barbarie y acorralada en el hedor a amoníaco de la madera húmeda, no había parado de convulsionar. Un grupo de ajenos comenzaban a instalarse uno a uno en su mente infantil, como eligiendo butacas en un teatro vacío. El eco de la frase aónikenk en voces y acentos distintos se había apoderado de su interior, donde ya no podía distinguir la propia, gritando de agonía. Era una niña con fuerza de huracán, sí, pero con un corazón de brisa.

Hasta que cayó inconsciente en el líquido nauseabundo. Dejó de resistir cuando recibió el octavo golpe en el pecho, al último nuevo morador.

Había perdido a su madre al nacer, luego a su otra madre... pero nunca más estaría sola.

Ahora eran nueve.